

Discurso de entrega del Premio Dr. Luis Tapia-Villanueva 2019
a Juan Pablo Jiménez

Buenas tardes.

Es necesario que comience con una afirmación: Me complace haber sido invitado hoy a leer estas palabras ante ustedes. Sin embargo, debo reconocer que no es tarea sencilla puesto que, como sabemos, al hablar de otro, de alguien –sobre todo cuando esa persona ha sido significativa para el que habla y, ciertamente, en este caso lo es– resulta inevitable no referirse también a uno mismo. Desde luego –y vayan mis disculpas anticipadas si no lo cumplo– prometo inmiscuirme lo menos posible en este discurso, el cual, ajustándose al estilo del propio pensamiento del homenajeado, tal como intentaremos mostrar a continuación, más bien parecerá un excursus, una digresión.

Pero antes, una última licencia: en lo que sigue me referiré a Juan Pablo Jiménez intentando dejar de lado títulos como “doctor”, “maestro” o “profesor”, los que, sin lugar a dudas, merecidamente le corresponden, sino que lo haré simplemente utilizando su nombre porque me parece que esta forma representa una de las tantas cosas que hemos aprendido de él: un profundo respeto por el trato directo y cercano con las personas.

De manera completamente arbitraria he dividido el texto en tres partes: La primera lleva por título: “El pensamiento peligroso o Los acantilados de la complejidad”. La segunda: “El encuentro o La distancia

entre la mesa y el auditorio” y la tercera: “La traducción o «Las palabras hacen el amor»”.

Veamos:

UNO: EL PENSAMIENTO PELIGROSO O LOS ACANTILADOS DE LA COMPLEJIDAD

“Nos adentramos en lo que es pensar –sostiene Heidegger– cuando pensamos nosotros mismos. Para tener éxito en este intento hemos de estar dispuestos a un aprendizaje del pensar”. ¿Qué nos quiere decir Heidegger con esto? La razón (*ratio*) se desarrolla en el pensamiento y, por lo tanto, si pensamos genuinamente, es porque reconocemos que somos incapaces de pensar. Pensar es, en primer término, aprender a pensar. Y en todo pensamiento hay una búsqueda, algo hacia lo cual las ideas inevitablemente se dirigen, un camino cuyo trazado podemos vislumbrar. De esta manera, reconozco en Juan Pablo un pensar digresivo, orillante, costero, siempre comprometido con las fronteras. En ese sentido es un pensamiento peligroso, con vocación de abismo, tal como puede serlo el borde de un acantilado. Borde que es al mismo tiempo peligro y posibilidad: el lugar donde podrá surgir un pensamiento nuevo.

Por eso no debiera sorprendernos la plena vigencia que tienen hoy las palabras que Juan Pablo escribiera junto a Mario Gomberoff en la introducción al libro “Psiquiatría” publicado en Santiago en 1982: “Debemos reflexionar acerca de la *práctica* psiquiátrica, sobre aquello que *realmente hacen* los psiquiatras. Esto es complicado, porque, como

veremos, lo que un especialista *dice que hace*, la mayoría de las veces corresponde a aquello que idealmente quisiera hacer, y que se expresa en una concepción coherente de la enfermedad mental, del rol del psiquiatra y la naturaleza del acto médico”, para finalizar afirmando que “[...] la Psiquiatría es una especialidad médica cuyo discurso propio está en plena elaboración, coexistiendo en ella modelos distintos que vienen de diferentes tradiciones teóricas. Aquello que le da coherencia es el quehacer práctico centrado en el paciente. Este quehacer es sintético y complejo pues conlleva simultáneamente acciones biológicas, psicológicas y sociológicas cuyo modo específico de acción nos es actualmente solo muy parcialmente conocido. Luego, en esta especialidad los dogmatismos teóricos no están al servicio del progreso del conocimiento, puesto que todos los modelos son abiertos, vale decir tienen puntos de contacto. [...] esto es problemático, aunque por el momento no visualicemos otra manera de hacer Psiquiatría”.

Bien, me parece que este párrafo ilustra ese rasgo del pensamiento de Juan Pablo al que me he referido: un sereno transitar por los acantilados de la complejidad.

Pero, por otra parte, es el de Juan Pablo un pensamiento que se desenvuelve a través de una misteriosa combinación entre la duda y la fe. Si hay alguien capaz de dudar, es decir, de poner realmente entre paréntesis los prejuicios y teorías ante aquello que podríamos denominar un *hecho clínico* esa persona es Juan Pablo. Desde luego, este carácter de su pensamiento –imposible de resolver como una simple antinomia– nos revela la íntima relación que existe entre el conocimiento y la incertidumbre o, aludiendo al psicoanálisis, entre la consciencia y el

inconsciente. Solo es capaz de dudar quien en el fondo alberga una certeza. Y, como vimos, sin dudar acerca de lo que sabemos es imposible pensar ni menos aún, conocer.

Dejando de lado cualquier carácter programático, tempranamente Juan Pablo ejerció lo que yo llamaría un pensamiento colectivo. Si me permiten la analogía, es, precisamente, lo que a propósito del concepto de *meme* acuñado por Richard Dawkins –es decir, una unidad de conocimiento que puede transmitirse de una mente a otra– se ha denominado *memética* aquello que Juan Pablo ha practicado a lo largo del tiempo. Por eso me parece que su obra más importante no la encontrarán en un *corpus* de artículos académicos o reunida bajo el formato de un libro (los que, por cierto, existen). No. Su obra más importante está diseminada en los innumerables grupos de estudio, equipos de trabajo, sociedades científicas, programas académicos y proyectos de investigación que ha creado, organizado y dirigido. Juan Pablo realmente ha pensado con otros. Juan Pablo nos ha enseñado a pensar.

DOS: EL ENCUENTRO O LA DISTANCIA ENTRE LA MESA Y EL AUDITORIO

En lo que sigue quisiera dejar testimonio de dos momentos que, en un ejercicio de asociación libre, se aparecen en mi recuerdo cuando pienso en el tiempo que conozco a Juan Pablo.

La primera vez que lo vi fue en el auditorio principal del Servicio de Psiquiatría del Hospital Salvador hace ya casi 20 años. Un grupo de residentes de primer año de Psiquiatría estábamos sentados en las graderías esperando al Director del Departamento –Juan Pablo– y al, en ese

entonces, Jefe del Servicio de Psiquiatría, el Dr. Rafael Parada. Frente a nosotros, sobre una tarima de madera había una mesa y dos sillas. En ese momento en mi cabeza la imagen de un psicoanalista era muy parecida a la de cualquier aficionado a la literatura, el cine y la psicología: alguien muy serio, distante, formal en el vestir, de gestos más bien rígidos y ademanes perfectamente estudiados. De pronto apareció un médico que no conocíamos, vestido con delantal blanco y camisa suelta, por supuesto que sin corbata, más joven de lo que esperaba y que, en vez de sentarse en la silla detrás del escritorio, se ubicó sobre éste justo frente a nosotros y permaneció así, tranquilo en su actitud, contemplándonos durante varios segundos (para muchos de nosotros, más de los que hubiesen sido necesarios según las formalidades a las que estábamos acostumbrados), con una mirada viva, entre escrutadora y atenta, abierta, como escuchándonos con los ojos, y luego sencillamente se presentó: “Hola, soy Juan Pablo Jiménez”.

El otro recuerdo tiene lugar en el mismo auditorio, algunos meses más tarde. Probablemente era un miércoles en la mañana, durante la hora de reunión clínica. Un destacado psicoanalista, ya mayor, se refería al encuentro con sus pacientes durante las primeras entrevistas describiéndolo como una experiencia muy natural, casi placentera, cómoda, de plena confianza y sin grandes sobresaltos. En ese momento Juan Pablo pide la palabra para hablar de su propia experiencia. Hasta hoy guardo esas palabras como un verdadero tesoro de la psicoterapia: “En mi caso, dijo, la verdad es que cada vez que me encuentro por primera vez con un paciente lo hago con un cierto temor, una cierta ansiedad la que, a medida que avanza la entrevista, de a poco va pasando”.

Podríamos detenernos largamente en el sentido de esas experiencias: la distancia salvada entre la mesa y el auditorio o la inquietud de ese primer encuentro con el otro que llamamos “paciente”, esa alteridad, como diría Ortega, que nos saca del ensimismamiento y nos altera, pero hoy lamentablemente no tendremos tiempo y ya es hora de terminar.

TRES: LA TRADUCCIÓN O “LAS PALABRAS HACEN EL AMOR”

En uno de sus más hermosos textos, titulado “Las palabras sin arrugas”, André Breton se refiere a la poesía –estamos hablando de fines de la década de 1910– como un campo de observación único para un fenómeno que, desde el momento en que Rimbaud le asignó colores a las vocales, despojó a la palabra de su deber de significar. Con esa seriedad enfática tan característica, Breton concluye que “Las palabras, además han dejado de jugar. Las palabras hacen el amor”.

Es posible que me equivoque en las fechas y los lugares, pero puedo imaginar a una joven pareja –Gabriela y Juan Pablo– pasando las tardes en la Alemania de fines de los ochenta, ensimismada en el cuidado de la traducción de un libro. Me parece una imagen bella, emocionante. Toda traducción es, en definitiva, un acto de amor. El libro al que me refiero resultó ser “Teoría y práctica del psicoanálisis” de Thomä y Kächele. En su interior se lee:

Traductores: Arquitecto Gabriela Bluhm-Jiménez

Dr. Juan Pablo Jiménez de la Jara

Herder, Barcelona, 1989

(Springer-Verlag 1985)

El prólogo, a cargo de Thomä y Kächele dice:

“Con todo fundamento queremos destacar, al inicio del prefacio de la edición castellana...” [que ésta] “...es mucho más que una traducción, de cuya calidad estamos convencidos, debido al trabajo en conjunto y especialmente estrecho con ambos traductores. El Dr. Jiménez, psiquiatra y psicoanalista formado en Chile, estuvo trabajando con nosotros gracias a una beca de la fundación Alexander von Humboldt. Sus sobresalientes conocimientos de la literatura psicoanalítica, hicieron posible que integrara importantes aportes a nuestra obra, en especial provenientes del ámbito hispanoparlante. No es exagerado decir que el resultado es un libro nuevo, en el cual también se han considerado autores que se nos habían escapado, debido a nuestra incapacidad de leer en castellano”. [...] “Por tal motivo, nos parece natural que el Dr. Jiménez aparezca como colaborador en el título de la edición castellana”. [...] “En lo que al idioma mismo se refiere, la Sra. Gabriela Bluhm-Jiménez colaboró de manera fundamental con sus excelentes conocimientos de la lengua alemana. Agradecemos a la pareja un trabajo en común transcultural que nos ha enriquecido a todos y que puso nuestro pensar psicoanalítico en contacto con el mundo cultural latinoamericano”.

Hasta aquí el prefacio de Thomä y Kächele.

Este 2019 se cumplen nada menos que 30 años desde que el libro fuera publicado en el idioma castellano. Y no solo me parece justo sino necesario efectuar una relectura del prólogo la que, de cierta manera, puede ser considerada como una relectura política. En éste se enfatiza el rol que Juan Pablo jugó en la vinculación del psicoanálisis continental con

el mundo cultural latinoamericano. Los frutos de dicha empresa son por todos conocidos. Basta mencionar la fundación del capítulo latinoamericano de la SPR, la creación de la Corporación Psicoterapéutica Salvador o, en años más recientes, del Doctorado en Investigación en Psicoterapia, entre otros, para dar cuenta de la relevancia de sus aportes. Sin embargo, eso no es todo. Juan Pablo no ha sido solo el portador de las novedades provenientes del viejo mundo. Hoy resulta ineludible constatar que el nuevo mundo también tiene mucho que decir. Y sin lugar a dudas Juan Pablo ha tenido un papel protagónico en este viaje de vuelta. Así, como diría Raúl Zurita, “Desde los ásperos granos de este suelo pedregoso –como un buen sudamericano–”, Juan Pablo le ha devuelto al psicoanálisis, con vigor y paciencia, algo que, desde el principio estuvo en sus basamentos: la pasión por alcanzar un conocimiento científico fundado en la experiencia clínica.

Me parece que no hay mejor forma de dar término a este excursio que reiterando –a la manera de una fuga– el agradecimiento a esa bella pareja por su trabajo en común que ciertamente nos ha enriquecido a todos. Ya ven: las palabras hacen el amor.

Gracias.

Alberto Botto

Santiago, 28 de marzo de 2019